

Entre luces y sombras



por **Norberto Laterza**
nlaterza@revistapalermo.net

Desde que un chico tiene la chance de visualizar su futuro como jinete, a partir también de las posibilidades que tiene de conducir un caballo, hasta encontrar que se puede forjar una profesión que le permita vivir de la misma, pasa mucha agua bajo el puente.

En este aspecto hay que considerar una línea que separa sin duda al que vive en el interior del país, ya sea tanto en la Provincia de Buenos Aires como en los lugares más alejados, de aquellos que sólo tienen la posibilidad de ver a un pura sangre a través de su familia o tener la vocación de asistir a ver carreras en el hipódromo. Digo esto porque en la escuela a aprendices llegan muchos alumnos que ya tienen una experiencia amplia en sus lugares de origen, sobre todo compitiendo en cuadreras desde una temprana edad. En los reportajes que me han tocado hacer a lo largo de muchos años, puedo afirmar que una gran mayoría provienen de lugares donde han empezado a los 14 años y menos edad. Esto es comprensible si entendemos que esas competencias, de corto recorrido, permiten que sea una fiesta del pueblo donde la familia asiste regularmente con sus hijos y entonces ellos pueden palpar y entusiasmarse con lo que viven.

A partir de ese deseo que se convierte luego en una vocación, no tienen demasiados problemas en establecerse dentro de un stud, habitualmente de un entrenador que lo apadrina y que le permite realizar trabajos de peón con los caballos superando el alejamiento de sus seres queridos. Es obvio que estoy hablando de los que vienen de lejos y no los que viven en la capital o alrededores cercanos a la misma.

Muy bien formados en las escuelas, donde no solo aprenden como conducir un pura sangre sino también dándoles una educación que los completa, con experimentados profesores como Libré en San Isidro, Fabián Rivero en La Plata y Marina Lezcano en San Luis, que han sido estrellas de la fusta en años pasados, por nombrar a los más conocidos, tienen la capacidad de transmitirles también todos los escollos que deberán superar en el futuro.

Cuando al recibirse salen a correr, la ventaja que les da el turf es, por enfrentar a los mejores y también para darles mejores opciones para que los entrenadores les den montas, que arranquen descargando 4 kilos sobre el pesaje oficial y luego van reduciendo paulatinamente ese peso hasta completar las 120 victorias necesarias para recibirse de jockeys. Es, podríamos decir, un examen que deben rendir en sus actuaciones para ingresar en las preferencias de cuidadores, propietarios y también aficionados, tan afectos a las críticas cuando analizan posturas, rigor y habilidad para sacar mejor provecho de los caballos.

Hasta ese instante muchos ascienden meteóricamente porque muestra virtudes que cuentan con el beneplácito general, a otros en cambio les cuesta más por diversas razones como ser la falta de contacto para que le den montas.

La cuestión es que desde que se convierten en jockeys el panorama se oscurece. Es entonces cuando los triunfos comienzan a mermar y hay que tener mucho espíritu y temperamento para transitar por ese arduo camino que tiene como mejor auxilio su presencia en los ensayos mañaneros. Por eso se los ve la mayoría de las veces esperando, con su equipo y la fusta en mano en las canchas de vaneo, con la ilusión de que alguno de los trainers apelen a ellos para trabajar un animal.

No existe duda alguna sobre lo dura que es la profesión de jockey, muchas veces cuando se los ve compitiendo se piensa la suerte que tienen de vivir de su trabajo, pero casi nadie reflexiona sobre lo que costó llegar a ese lugar.